

Padrón, María Eugenia

Tiempo y narración: una mirada desde el campo de la salud

Centro de Investigación y Transferencia - CIT UNRaf
(CONICET)

Fecha: 08/2025

Obra bajo Licencia:  [Deed - Attribution-NonCommercial 4.0 International - Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

Cita recomendada: Padrón, M.E. (2025). *Tiempo y narración : una mirada desde el campo de la salud*. Universidad Nacional de Rafaela. Centro de Investigación y Transferencia (CONICET).

V Congreso Latinoamericano de Teoría Social

Mesa 22 | Tiempo y teoría social. transformaciones temporales y desafíos de la crítica

Tiempo y narración: una mirada desde el campo de la salud

Padrón, María Eugenia

Centro de Investigaciones y Transferencia Rafaela CIT (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas CONICET – Universidad Nacional de Rafaela UNRaf)

eugenia.padron@unraf.edu.ar

Introducción

Esta presentación se propone acercar reflexiones sobre las transformaciones en los modos de procesar la temporalidad y su vínculo con la narración al campo de la salud, a partir de los aportes que ofrecen los enfoques socioantropológicos y psicoanalíticos, en diálogo con la perspectiva de salud mental comunitaria.

En este escenario, la apuesta por la escritura – tanto singular como colectiva – se configura como un gesto de resistencia frente a las lógicas posmodernas de rápidas fluctuaciones, y como una forma de demorar el tiempo.

La fugacidad del tiempo posmoderno

Las últimas décadas estuvieron signadas por profundas transformaciones sociales, expresadas en modos inéditos de lazo social, producción de subjetividades y vínculos con los objetos. La sociedad industrial, con su eje en el trabajo, la monotonía y la previsibilidad, cede el paso a nuevas premisas y fundamentos.

Así, la sociedad posmoderna se orienta hacia el consumo, en un mercado desterritorializado por el uso de las tecnologías y la virtualización de los procesos. En este contexto, la búsqueda de la felicidad se enreda en un aumento constante del volumen e intensidad de los deseos, mientras los objetos concebidos para satisfacerlos son rápidamente sustituidos. Pierden atractivo con facilidad y son descartados con igual

velocidad. De este modo, la lógica del consumo demanda que los sujetos no se apeguen a nada en particular.

A diferencia de la rutina y la estabilidad propias de la modernidad, los tiempos posmodernos exigen una liviandad que se opone a la adopción de hábitos duraderos o compromisos sostenidos. En un escenario donde predomina la lógica de la elección continua, cualquier forma de rutina o fidelidad aparece como una carga. No aferrarse ni comprometerse: ese es el mandato del consumo, donde todo intercambio debe mantenerse esporádico y efímero. En este devenir cotidiano, nos acompaña una sensación de cansancio e infelicidad difusa, que se impone como vacío existencial ante la vana promesa de la mercancía virtual.

Esta vorágine da lugar a una ligereza en el carácter y a una aceleración vertiginosa de los cambios – de objetos, de identidades, de vínculos –, en consonancia con la lógica de elección constante. Predomina una actitud displicente o indiferente, en la que tanto el valor como el significado de las cosas, e incluso las cosas mismas, se perciben como insustanciales. Los constantes desplazamientos – de actividad, empleo o lugar de residencia – generan relaciones sociales marcadas por el desapego y la superficialidad (Berardi, 2003; Bauman, 1999, 2007; Sennett, 2009; Álvarez, 2009; Padrón, 2021).

Estas transformaciones presentan una metamorfosis distintiva en los modos de procesar la temporalidad. Caracterizado por cambios permanentes y discontinuidades, el tiempo posmoderno se instituye como episodios inconexos y resistentes a la planificación. El énfasis de la vivencia recae sobre el instante, en un eterno presente que disipa los lazos con la historia y el devenir. Esta crisis de una trayectoria continua ha llevado a algunos aportes teóricos a identificar este tiempo con el punto, en tanto entidad cerrada sobre sí misma, sin longitud, altura o profundidad (Bauman, 2007). Basado en satisfacciones instantáneas, sus preceptos ordenan no planificar a largo plazo. Esta perspectiva cortoplacista puede volverse disfuncional en cuanto guía para el carácter, si consideramos aquellos aspectos que unen a los seres humanos entre sí y brindan una sensación de continuidad y yo sostenible. Puede ser difícil encontrar una identidad e historia vital estable, que le permita a un sujeto, por ejemplo, brindar orientación, autoridad y contención en la vida familiar (Sennett, 2000).

La conformación técnica del mundo cambia vertiginosamente en la tecnosfera digital, pero la apropiación subjetiva no sigue de modo lineal esa mutación. En este sentido, las

transformaciones tecnológicas muestran una velocidad que no se condice con los movimientos culturales o subjetivos. En este devenir, la aceleración de la experiencia puede provocar una reducción de la consciencia del estímulo, pérdida de intensidad que envuelve la esfera estética, de la sensibilidad y la ética (Berardi, 2003).

En contraste, aportes del psicoanálisis nos convocan a situar la función de la espera. De este modo, en *El tiempo lógico (...)*, Lacan riñe con la cronología del tiempo, para darle lugar a su lógica. Demarca cómo la suspensión cumple un papel esencial en el devenir del tiempo y así presenta tres escansiones, a las que llama el instante de la mirada, el tiempo de comprender y el momento de concluir. Esta encadenación de estructuras pone de relieve el anudamiento entre lo subjetivo y lo social en la producción del tiempo. En este sentido, Lacan introduce la dimensión subjetiva, destacando la vivencia singular como eje central de su planteo, al tiempo que señala la incidencia de lo social en dicha producción. De este modo, expresa la tensión y vinculación dialéctica de la subjetividad con la instancia colectiva, con la cual se anuda. Es con otras/os que el sujeto produce el tiempo, no sin su propia experiencia subjetiva.

De esta manera, resulta fundamental considerar la función de la demora del tiempo en la constitución de las experiencias, entendidas como un entramado subjetivo y social.

Pobreza de la narración y la experiencia

En el movimiento de aceleración que nos propone la era digital posmoderna, las experiencias ven amenazada su densidad y se presentan desde cierta pobreza, que se trasluce en una detención de su enlace con la palabra.

Cuando hablamos de experiencias hacemos alusión a vivencias cotidianas que transitamos como sujetos que sentimos y pensamos. De esta manera, se trata de acontecimientos habituales, y no necesariamente extraordinarios, que encuentran en la palabra y el lenguaje un correlato que permite su transmisión. En este encuentro con el lenguaje, estas vivencias son convertidas en historias que pueden circular y trascender. En este sentido, aquello que configura una experiencia no es necesariamente un acontecimiento memorable, sino dos elementos cruciales: lenguaje y comunidad. Es a través de un lenguaje común que elaboramos lo vivido, a la vez que producimos comunidad. De este modo, las experiencias se producen a través del entramado social e

histórico, mediada por las relaciones intersubjetivas y ofreciendo continuidad a través del tiempo en la vinculación intergeneracional. Son aquellas predicadas a través del tiempo y las generaciones. Por siglos las personas mayores se las han transmitido a las juventudes con la autoridad de la edad, de sus trayectos de vida (Benjamin, 1989, 2016; Agamben, 2015, Staroselsky, 2020).

Podemos preguntarnos dónde ha quedado hoy todo eso. En la era de la hiper(des)conexión, donde las personas transitan la cotidianeidad mirando con fijeza una pantalla que transmite percepciones desordenadas (Padrón, 2024), ¿quién se presta a narrar una historia? Hace tiempo Benjamin nos alertaba de esto, “(...) la cotización de la experiencia ha bajado (...)” (1989, p. 167), decía. Ponía como parangón la atrocidad de la guerra, así como los abruptos cambios en la sociedad al compás del desarrollo técnico. Lo problemático no es la innovación técnica en sí – de hecho, puede advertirse una valoración ambivalente en torno a la técnica en desarrollos teóricos, como los de Benjamin – sino en el modo en que las personas y comunidades se vinculan con los aparatos, particularmente cuando estos no logran ser integrados a su experiencia. Desde una crisis de la experiencia comunicable, debemos confesar nuestra pobreza, aspecto por lo demás honroso que se presenta como una nueva barbarie. La gran falta no es ni en la vivencia ni en la información, sino en una forma específica de elaboración de lo vivido (Staroselsky, 2020). Aquí es importante hacer una salvedad: no hay que confundir la información con la narración. Mientras que la información se nutre de la novedad y tiene su recompensa en ese instante que fue nueva, la narración no se desgasta, mantiene su fuerza, pudiendo ser desplegada aún largo tiempo después (Benjamin, 2016).

Desde cierto escepticismo, Agamben (2015) habla de la destrucción de la experiencia en los tiempos que corren: se le ha expropiado el sujeto a la experiencia, sentencia. Para esto no es necesario, dice, una gran catástrofe, sino que es suficiente con la celeridad de los tiempos que corren, tan renuentes a la palabra y al relato. Justamente esta incapacidad para traducir en experiencias el cúmulo de acontecimientos inconexos de la jornada es lo que, para el autor, vuelve insoportable la vida cotidiana contemporánea. Al historiar el proceso, encuentra que esta destrucción de la experiencia parece implícita en el mismo proyecto de las ciencias modernas, con su insistencia en la certeza y el cálculo, en los instrumentos y los números. Se deducirían así las impresiones sensibles en favor de determinaciones cuantitativas y leyes universales. La orientación a la

construcción de casos o experimentos, desde una connotación de neutralidad y pretendida objetividad, tiende a expropiar a sus respectivos sujetos, en su relación entre lo uno y lo múltiple, para reemplazarlos por un nuevo y único sujeto previsible, cuantificable, universal.

De este modo, advertimos una crisis de la experiencia signada por las transformaciones sociales en los tiempos que corren. Nos inclinamos, no obstante, por circunscribir lo imposible para alojar la posibilidad de una reconfiguración. En este sentido, aprovechar la pobreza de experiencias para explorar aquellas que nuestro tiempo histórico ofrece como posibilidad. Entendiendo la experiencia como una construcción histórica y social, debemos aceptar que las experiencias que los nuevos aparatos hacen posibles no es aquella perdida sino otra distinta (Benjamin, 2016; Staroselsky, 2020).

Si la experiencia, en tanto tal, se encuentra en crisis, no menos lo está el campo de la salud.

La salud en tiempos de crisis

El campo de la salud no es ajeno a esta coyuntura propia de la época. Con miras a producir lecturas que anuden la salud al devenir contemporáneo, tomaremos algunas coordenadas vinculadas con el tiempo y la narración en salud.

Uno de los aspectos a destacar en las últimas décadas se vincula con los procesos actuales de medicalización del sufrimiento, tan renuentes al relato y afines a la observación y clasificación de enfermedades. Esta medicalización refleja la incorporación de la vida y la salud al proceso mercantil, encausada por fuerzas corporativas, entre las que podemos mencionar las empresas aseguradoras y farmacéuticas. Desde el imperativo al consumo medicamentoso impulsado por intereses financieros, la creación de enfermedades se orienta a patologizar procesos vitales y diversidades culturales, reduciendo a una dimensión individual y biológica la complejidad de los padecimientos. Por medio de este proceso medicalizante, los aspectos relevantes para la vida, incluida la vida misma, adquieren valor de mercancía. Cabe señalar que, si bien estas tendencias puján con fuerza, no dominan absolutamente el campo de las experiencias, escenario en conflicto donde otras voces aportan distintas producciones de sentidos y de prácticas (Stolkiner, 2021).

En el entramado de los servicios de salud, las demandas crecientes y complejizadas contrastan con la presencia de espacios propicios para su elaboración. Alicia Stolkiner (2022) describe esta controvertida posición de los equipos que se desenvuelven en prácticas comunitarias: “Demasiado cerca de las demandas y necesidades sociales, y demasiado lejos de los ámbitos destinados a la reflexión, la temporalidad de estos equipos suele carecer de dispositivos específicos en los cuales conceptualizar rigurosamente sus prácticas”. De este modo, nos conmina a propiciar instancias de encuentro y reflexión donde la pragmática ceda el paso a la construcción colectiva a través de la explicitación de los distintos saberes en juego.

En relación con la inscripción de los procesos de salud, el avance de la digitalización en los servicios sanitarios ha configurado características particulares en los registros, destacando una veta cuantitativa propia de los sistemas informáticos. Estos modelos en ocasiones se apoyan en la inscripción de atenciones desde una perspectiva individual y organizada en base a clasificaciones nosográficas. Este enfoque opera con un sesgo reduccionista que restringe la posibilidad de dar cuenta de la complejidad de los sufrimientos, especialmente en tres sentidos. Por un lado, la inscripción de índole individual se aleja de prácticas de registro de carácter social, como las historias clínicas familiares que reconstruyen la trama social y la filiación. A su vez, su interpretación desde la categoría de enfermedad desatiende la complejidad de los procesos de vida y cuidado (Augsburger, 2002). Por otra parte, subyaciendo el sesgo cuantitativo notamos cierta inspiración en las organizaciones fabriles. Esta orientación enfatiza la productividad desde cierto exceso que puede tender a lo absurdo, donde la legitimación de las experiencias queda asociada a la cantidad acciones realizadas y registradas, como los ingresos y egresos o las prácticas efectuadas (Rovere, 2015/2016). De este modo, considerando el valor de los registros como un modo de reflexionar sobre las prácticas en salud, es importante no perder de vista el valor procesual que las caracteriza.

Por otra parte, uno de los acontecimientos que signó los últimos tiempos en salud ha sido el embate de la pandemia. Un suceso inesperado e inédito que atravesó transversalmente el campo de la salud, transformando rápidamente los procesos desarrollados hasta el momento. La incertidumbre y la extensión de la enfermedad y la muerte en esa coyuntura vuelve a poner en relevancia nuestros cuerpos (Laurent, 2020). Desde su amplio alcance, la pandemia acentúa la horizontalización de los procesos donde todas las personas, usuarias y trabajadoras de los servicios, se encuentran

atravesadas por la situación (Bang, 2020). Cuando nos acercamos a personas trabajadoras de la salud para reflexionar sobre este hecho trascendental (Padrón, 2023) hallamos, incluso tiempo después, la presencia de la angustia en el temblor de las voces y la persistencia del llanto. Las personas trabajadoras de salud nos hablan del sufrimiento por el miedo a contagiarse y contagiar a otras personas. Asocian este suceso con un hecho traumático, de gran impacto en las subjetividades. Los importantes y abruptos cambios reconfiguraron la escena, mediante la interrupción de algunos procesos comunitarios o la acentuación de cierta fragmentación, con la detención de los encuentros presenciales entre equipos de salud y con las poblaciones. El avance vertiginoso en la digitalización de los procesos en salud frente a las recomendaciones de aislamiento social preventivo, como la sustitución de atenciones presenciales por videollamadas, no necesariamente se acompañaba de asistencia o gestión de recursos para los equipos de salud. La extensión de la muerte contrastaba con la ausencia de rituales comunitarios afines al duelo, desaconsejados para reducir la propagación de los contagios. Este escenario trágico nos evoca la reconfiguración producida por la guerra en las poblaciones, según la descripción de Benjamin (1989): una generación indefensa en un paisaje donde todo había cambiado, inerme frente a los avances técnicos y las fuerzas destructoras; en este contexto, las personas volvían mudas de los campos de batalla, no enriquecidas, sino pobres en experiencia comunicable. Del mismo modo, una trabajadora de la salud que cumplió funciones en unidades de internación por COVID recupera la ausencia de palabras frente al trauma: “El día del padre entré a internación y un hombre lloraba porque quería irse a su casa y yo lloraba también. No podía secarme porque no podía sacarme el traje.” (Padrón, 2023)

La narración, aún: escritura colectiva y diario de campo

A contramarcha de la vertiginosa lógica posmoderna, la producción de relatos hilvana la continuidad de las vivencias a través del tiempo. Envuelve una detención de la vorágine y la construcción de una espera orientada a buscar palabras para lo acontecido. Demorar el tiempo: ubicarnos en una temporalidad que propicie la invención.

Desde una perspectiva psicoanalítica, Sigmund Freud subraya la inscripción de huellas de lo vivido en el aparato psíquico como un modo de producción de memoria. La escritura de una marca implica “alteraciones permanentes” en los elementos de los

sistemas (Freud, 1984, pág. 531). Estos registros de las experiencias no se encuentran aislados, sino que se van entramando con las inscripciones previas, proceso mediante el cual el aparato psíquico adquiere complejidad. Podemos pensar, así, que para construir memoria hay que registrar, hay que escribir marcas, producir huellas. Estos enlaces y asociaciones que se van estableciendo en la memoria a través de estas inscripciones dejan entrever un proceso de creación subjetiva que la constituye (Padrón, 2017). La memoria se presenta, así, no como algo dado de antemano, sino como una instancia a producir, mediada por el registro.

Al remontarse a los orígenes de la escritura, Vegh señala la conjugación entre lo útil y lo inútil desde sus comienzos. Enumera escritos de valor cotidiano y práctico, como informes o balances, a la par de otros que van más allá de su valor utilitario, como los grandes relatos homéricos, proponiendo que la inutilidad para la cotidianeidad de algún modo abre un enigma por un más allá de su valor resolutivo. Menciona los relatos épicos donde el poeta, al realizar un homenaje a una gesta de guerra, de algún modo daba existencia a esa gesta y sus héroes. Tal es así que quedar fuera del relato equivalía a quedar fuera de la historia y de la existencia. Advierte, de esta forma, que existe un valor sorprendente de la escritura desde sus inicios que construye nuestra relación con otras personas y colectivos en la contemporaneidad y a través de las generaciones (Vegh, 2022).

El oficio de la narración y su registro implican un proceso de elaboración de lo vivido que encuentra dialógicamente la práctica con la reflexión. En este sentido, desde su experiencia en instituciones asistenciales públicas, Ulloa nos invita a narrar lo vivido como un modo de elaborar el sufrimiento institucional, que da en llamar “encerronas trágicas” (Ulloa, 2012, p. 19). Parte de esta tragedia se vincula con el quehacer de las instituciones con la enfermedad y la muerte, en escenarios de pobreza extrema. A esto se le suma el destrato que puede aparecer en estos resquicios cuando es negada su condición de sujeto por instituciones supuestamente destinadas al cuidado. Este destrato puede aparecer al modo de obstáculo en la atención de personas usuarias o, incluso, en condiciones precarias de trabajo para los equipos de salud. Estas tragedias, caracterizadas por cierta anestesia o parálisis en el pensamiento, la producción teórica o la lectura clínica, se fundamentan en la resistencia a reactivar el dolor experimentado, antesala necesaria para una elaboración de lo vivido. Para salir del encierro hay que producir, producir novelas, relatos, narraciones, que relancen la apuesta a la lectura

crítica y construcción teórica. Se trata, de este modo, de no retroceder ante situaciones límites, en nombre de la esperanza.

Entre los modos posibles de decir, las escrituras colectivas y el registro en diarios de campo se proponen como polos de exterioridad e interioridad respecto de una contemplación de lo vivido que trascienda el devenir de un instante.

Desde su polo de interioridad, los diarios de campo permiten inscribir la cotidianidad en el lenguaje, posibilitando una elaboración singular de lo acontecido que da lugar a la producción de experiencia. Nos convocan a una escucha atenta que recupere el valor de aquello que nos atraviesa. Mediante este instrumento, vamos dejando registro de los acontecimientos, de las personas con quienes compartimos los recorridos y de las reflexiones que emergen en cada instancia. Las impresiones, ideas, sensaciones del escribiente se unen con tramas teóricas y metodológicas que colaboran a orientar los procesos. De este modo, la narración, como una forma artesanal de la comunicación, es engendrada en la vida del relator, de ahí que lleva adherida su huella.

Son parte de estos registros las anécdotas, comentarios indicadores de cambios, de obstáculos, de confianzas y desconfianzas. Producen memoria de los estados de ánimo, de las inquietudes, así como de las invenciones. El registro de las transformaciones ofrece un panorama dinámico, testimoniando el proceso. Las situaciones, detalles y eventos registrados no suelen participar de los informes técnicos o artículos científicos elaborados. Esto confiere un valor trascendental al diario como herramienta que permite mantener abierto el carácter complejo de los procesos y la riqueza de las acciones en el campo (Montero, 2012; Benjamin, 2016).

Desde el polo de exterioridad, las escrituras colectivas se orientan a la creación a través del encuentro. Esta apuesta a lo común, a la reunión de debates y lecturas, enriquece las reflexiones y produce sostén en el andar por los caminos de la salud. Un campo que, desde la crisis de los modelos tradicionales de corte individual, pragmatista y biológico, se ha orientado a reformular los enfoques teórico – metodológicos mediante la vinculación sujeto – sociedad, con un encuadre especialmente colectivo (Stolkiner, 2021). Esta reformulación ha puesto sobre la mira la complejidad del proceso de salud-enfermedad-cuidado, convocando a la apertura y el diálogo entre diversos campos del saber. En la trama de estas discusiones, las preguntas de diversas disciplinas enriquecen las construcciones, mientras que las corrientes participativas interrogan la

alianza entre el poder y el saber técnico, reclamando que diversas voces sean oídas y poniendo de relieve los saberes comunitarios (Galende, 1994, Vasilachis de Gialdino, 1992; Stolkiner, 2021; Bang, 2011; Montero, 2004; Bronfman y Gleizer, 1994).

Esta complejidad nos invita a sostenernos en comunidad. Ulloa lo ilustra mediante la frase “*Con toda la mar detrás*”, haciendo lugar a ese colectivo que nos impulsa y nos respalda (Ulloa, 2011, p. 17). De este modo, la escritura colectiva nos invita a producir desde lo común y a preguntarnos por modos de sostener cuidados a partir de ello. Se presenta como una forma de resistencia creativa a la producción de subjetividad de esta época, ofreciendo construcciones alternativas que privilegien lo comunitario, vincular, inclusivo y territorial. En clave de salud integral, estas prácticas cuestionan el individualismo, la estandarización global y la competencia, presentando formas alternativas que invitan a la solidaridad y la cooperación, promoviendo, de este modo, la salud mental comunitaria (Bang, 2018).

Escribir con otras personas y colectivos puede ser un desafío, en el que la producción de un lenguaje común, de un horizonte teórico – metodológico compartido, conlleve un tiempo de debates y construcción de acuerdos. Trabajo de escucha y espera que, sin dudas, será transformador. Como parte de estos procesos, las reuniones de discusión – reflexión, la producción de un título e índice hipotético (Eco, 2001) como orientador de un trabajo común y el compartir con otros colectivos que estén transitando el camino de esta escritura funcionan como aprendizajes trascendentales en la producción conjunta.

Reflexiones finales

A modo conclusivo, podemos señalar que las lógicas sociales posmodernas nos incitan a acelerar el tiempo en una secuencia de rápidas fluctuaciones, estimuladas por la tecnosfera digital y desterritorialización de la vida. Desde el imperativo individualista del consumo, la liviandad de intercambios y la velocidad de las acciones pueden anestesiar la sensibilidad y fragilizar los lazos.

El campo de la salud se ve atravesado transversalmente por estas transformaciones: la avidez por la instantaneidad de los cambios se expresa en una medicalización del sufrimiento; la digitalización de la información enfatiza la cuantificación por sobre la narración de lo vivido. La irrupción de la pandemia, con sus incertidumbres y angustias,

y el aislamiento que signó su devenir, conllevó sufrimientos propios, no necesariamente dispuestos al relato. En la práctica cotidiana de los servicios de salud, una alta demanda sumada a una pobreza en los espacios de reflexión ha conllevado por momentos el silencio de quienes se dedican al oficio de cuidar.

En este escenario, la invitación a demorar el tiempo en pos de la elaboración de lo vivido nos convoca a un más allá de la fugacidad del instante. En este camino, la producción de relatos de lo acontecido nos invita a buscar palabras y producir creativamente, conectando con la sensibilidad propia de la humanidad y a través del sostén colectivo que nos impulsa, para apostar a un devenir continuo.

Bibliografía

- Álvarez, M. (2009). La imposible apropiación del capital humano. *Virtualia*, 3-6.
- Bang, C. (2018). Promoción de Salud Mental y prácticas participativas de arte, creatividad y juego: un estudio de caso. *Revista Salud Mental y Comunidad. Año 5. Número 5. Universidad Nacional de Lanús*, 36-54.
- Bang, C. (2020). Salud mental en tiempos de pandemia: recreando estrategias comunitarias en el primer nivel de atención. En *Anuario de investigaciones de la Facultad de Psicología. Volúmen 5. Número 1* (págs. 217-232). Argentina: Universidad Nacional de Córdoba.
- Bauman, Z. (1999). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. España: Gedisa.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Argentina: Fondo de cultura económica.
- Berardi, F. (2003). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*. España: Traficantes de sueños.
- Bianchi, E., & Grippaldi, E. (2024). Ciencias Sociales, salud mental y métodos cualitativos de investigación. Perspectivas, debates y herramientas. Argentina: Universidad Nacional del Litoral.
- Eco, U. (2001). *Cómo se hace una tesis: Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*. España: Gedisa.
- Freud, S. (1984). La interpretación de los sueños (segunda parte). En *Obras completas. Volumen 5* (págs. 345-611). Argentina: Amorrortu editores.
- Laurent, É. (29 de 06 de 2020). *Las biopolíticas de la pandemia y el cuerpo, materia de la angustia*. Obtenido de Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano: <https://elp.org.es/las-biopoliticas-de-la-pandemia-y-el-cuerpo-materia-de-la-angustia/> #
- Padrón, M. E. (09 de 2017). *Recordar para no repetir*. Obtenido de Topía: <https://www.topia.com.ar/articulos/recordar-no-repetir>

- Padrón, M. E. (2021). Dinámica del desarrollo territorial en tiempos posmodernos. En F. Ciabattari, & M. E. Padrón, *Transitar el territorio 2. Procesos de diálogo en desarrollo territorial* (págs. 42-63). Argentina: edUTecNe.
- Padrón, M. E. (15 de 01 de 2024). *El Sigma*. Obtenido de Hiper(des)conexión:
<https://www.elsigma.com/subjetividad-y-medios/hiper-des-conexion/14388>
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. España: Anagrama.
- Staroselsky, T. (2020). Una flor imposible: Walter Benjamin y la experiencia en crisis. *Memoria Académica*. volúmen 1, número 1. Universidad Nacional de La Plata, 9-22.
- Stolkiner, A. (2021). *Prácticas en Salud Mental*. Argentina: Noveduc.
- Stolkiner, A. (22 de Julio de 2022). *Equipos Interprofesionales y algo más (¿es posible hablar de inter-saberes?)*. Obtenido de El Campo Psi:
<http://www.campopsi.com.ar/lecturas/stolkiner2.htm>